

LA CONFIANZA UN PROCESO DE CONFIGURACIÓN HISTÓRICA E INTERSUBJETIVA EN NIÑAS, NIÑOS Y JÓVENES DESVINCULADOS DEL CONFLICTO ARMADO*

TRUST, A HISTORICAL AND INTER SUBJECTIVE CONFIGURATION PROCESS IN GIRLS, BOYS AND TEENAGERS DISSOCIATED FROM THE ARMED CONFLICT

CLAUDIA MARCELA GÓMEZ RESTREPO**
 ROSA MARÍA CAICEDO BOHÓRQUEZ***
 SANDRA YANETH VALLEJO GONZÁLEZ****

Resumen

Niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado han experimentado situaciones particularmente significativas, que han incidido en la configuración de la confianza como posibilidad de desarrollo integral. De esta manera, el presente artículo propone una reflexión en este sentido, a partir del proceso de intervención adelantado en la modalidad Hogar tutor de Manizales¹, el cual orienta su atención a esta población.

Esta reflexión busca generar comprensiones respecto a la forma como se configura, desde una perspectiva relacional, la confianza a través de tres momentos históricos en sus vidas; el primero, obedece a su infancia, el segundo, a la vinculación al grupo armado y el tercero, al proceso de atención en el programa Hogar tutor, modalidad de atención socio-familiar del ICBF.

Palabras clave: confianza, conflicto armado, niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado, programa de atención.

* Este artículo se desarrolla a partir de la reflexión realizada por la experiencia vivida en el proceso de atención a niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado, modalidad Hogar tutor de la ciudad de Manizales. Contrato Universidad de Caldas, CEDAT, ICBF. Propuesta ejecutada desde diciembre de 2005 a la fecha.

** Trabajadora Social. Integrante del semillero de investigación: niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado. Email: marceluna@yahoo.com.

*** Estudiante de Trabajo social. Universidad de Caldas. Integrante del semillero de investigación: niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado. Email: rosa.mariacb08@hotmail.com.

**** Docente Departamento de Desarrollo Humano. Universidad de Caldas. Trabajadora Social. Integrante del semillero de investigación: niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado. Email: sandra.vallejo@ucaldas.edu.co.

¹ El programa Hogar tutor es una iniciativa promovida por el ICBF, con el fin de atender a niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado, de edades entre los 12 y los 17 años. Este se ubica en una modalidad socio-familiar, en el cual se espera que una familia acoga de manera voluntaria y solidaria a una o un joven en su hogar mientras se encuentre bajo medida de restablecimiento de derechos.

Abstract

Girls, boys and teenagers dissociated from the armed conflict have experienced particularly significant situations, that have had a bearing on trust configuration as a possibility for holistic development. Thus, this article proposes a reflection on this matter, from the intervention process carried out as “guardian homes” in Manizales, which places its attention on this population.

This reflection seeks to generate comprehension with regards to the way in which, from a relational perspective, confidence -distrust in detached girls, boys and youngsters- is made up through three historical moments in their lives: the first one, obeying to their infancy experiences; the second one, obeying to their entailment to the armed group; and the third one, related to the treatment process in the “guardian home” program, a social-family attention program from the Colombian Institute for Family Welfare (ICBF in Spanish).

Key words: confidence, armed conflict, girls, boys and youngsters detached from the armed conflict, attention program.

Antecedentes

Una de las manifestaciones más crudas de la violencia en Colombia es la vinculación de niñas, niños y jóvenes al conflicto armado. Los diferentes grupos al margen de la ley que operan en el país, buscan aumentar el número de combatientes en sus filas acudiendo al reclutamiento de estas y estos, debido a que, sus condiciones de vulnerabilidad los hace “*especialmente útiles en la guerra, ya que muy pocas veces calculan los riesgos, se adaptan a un ambiente violento, comen menos, ganan menos y siempre están dispuestos a obedecer*” (Human Rights Watch, 2003: 42). Human Rights Watch, estima que, de acuerdo a estudios realizados e información entregada por jóvenes desvinculados, el número aproximado de niños combatientes en Colombia supera los 11.000, reconociendo que esta cifra no es un dato preciso.

La continua violación a los derechos de niñas, niños y jóvenes en los grupos armados los obligan a tomar la decisión de desvincularse y acceder a los programas de protección ofrecidos por el gobierno, sin embargo, este no es el único tipo de desvinculación, también se puede dar a través de la captura por parte del ejército.

Una vez, identificados como menores de edad, acceden a los diferentes procesos de atención ofrecidos por el ICBF, los cuales buscan garantizar el restablecimiento de los derechos que les han sido vulnerados. En este sentido, estas y estos pueden ser ubicados en modalidades institucionales o socio-familiares. Para el caso de la presente reflexión, haremos referencia a la modalidad socio-familiar, particularmente al programa de atención Hogar tutor, desarrollado en la ciudad de Manizales, por el CEDAT².

² Centro de Estudios sobre Conflicto, Violencia y Convivencia, de la Universidad de Caldas, que ejecuta desde el 2005 hasta la actualidad el proyecto de atención a niños, niñas y jóvenes desvinculados del conflicto armado bajo un enfoque de derechos humanos y responsabilidad social. Modalidad Hogar tutor.

Introducción

La confianza es el tema central de este artículo, esta se entiende como aquella relación que se entreteje cultural y socialmente en el tiempo entre dos o más actores, y que implica algún tipo de riesgo, inseguridad e incertidumbre, se realiza y actualiza en cada interacción mediada por un proceso de comunicación (verbal y no verbal) y, depende del contexto y de los agentes en relación. En este sentido, en el desarrollo del artículo, se pretende mostrar la forma cómo a través de los diferentes momentos de la historia de vida de las jóvenes y los jóvenes desvinculados del conflicto armado, se han configurado y estructurado interacciones que se mueven en la paradoja de confiar y desconfiar.

El artículo se fundamenta en la reflexión de la experiencia de trabajo, vivida durante cinco años en el programa Hogar tutor que se desarrolla en la ciudad de Manizales, a partir de un contrato de aportes establecido entre el ICBF y la Universidad de Caldas-CEDAT, como entidad operadora.

Las reflexiones que se presentan, se orientan a construir respuestas en relación a una serie de interrogantes que surgen en el devenir cotidiano del programa de protección, y en torno a cómo los procesos de atención pueden aportar a la reinserción social de niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado.

En primer lugar, se abordará el tema de la construcción de la confianza básica³ de los(as) jóvenes. Nos remitiremos a la historia anterior a su vinculación al grupo armado, para analizar el papel de las personas que estuvieron a cargo de su crianza y, qué elementos y recursos dinamizaron este proceso de intercambio como influyentes en la construcción de sus relaciones.

Posteriormente, se analizará la experiencia en el grupo armado considerando que su ingreso a este obedeció a la búsqueda de seguridad y de reconocimiento ausentes en sus primeros años de vida, y que resulta ser significativo en la construcción de seguridades en sí mismos y en el colectivo.

Por último, se reflexionará sobre los procesos de atención, que propenden por la reinserción social y productiva de los(as) jóvenes desvinculados. Se analizará cómo en la modalidad socio-familiar de atención, comienzan a hacerse visibles las historias y las experiencias vividas en sus contextos familiares y en el grupo armado. Se abordará también el papel que tienen las instituciones, sus profesionales y las familias que acogen a esta población, en la dinamización y construcción de confianza.

³ Para abordar el tema de confianza básica se retomarán los conceptos postulados por Erikson (1990) y Winicott.

Para el desarrollo del artículo, se parte de la premisa que la construcción de confianza no es un proceso acabado, sino que, puede construirse y dinamizarse a partir de las interacciones en los diferentes espacios y contextos donde el ser humano se desenvuelve. En este sentido, se infiere que cada una de las experiencias vividas durante los tránsitos de la historia de las jóvenes y de los jóvenes desvinculados, puede aportar a que ellas y ellos soporten sus relaciones desde la desconfianza o se abran al riesgo de confiar en los otros.

La infancia: construcción de confianza básica⁴

Si bien la construcción de confianza es un proceso dinámico y permanente, como lo afirma Erickson (1990), los primeros años de vida determinan la configuración de la confianza básica, lo que resulta fundamental, como experiencia para el posterior proceso de desarrollo del sujeto. Los cuidados, la atención y el afecto se convierten en elementos que ofrecidos en el momento oportuno y de la manera adecuada, pueden marcar la diferencia en la construcción de identidad y confianza. En este sentido, el espacio familiar se convierte en el principal responsable para aportar los recursos que definen el proceso de desarrollo en los seres humanos. En el caso particular de la población que nos ocupa; es recurrente encontrar en los relatos de vida de las y los jóvenes que han experimentado una vida familiar compleja, que las figuras de afecto y autoridad fueron difusas, ausentes o autoritarias en momentos claves de su proceso de desarrollo, sugiriendo que posiblemente hayan sido desprovistos de cuidado, protección y de soporte emocional y social. Lo anterior deja vacíos que ellas y ellos buscarán compensar en otros espacios y con otras figuras significativas a lo largo de su historia.

La importancia de realizar este análisis a partir de la propuesta de Erikson (1990), en esta primera etapa, radica en la relevancia que le otorga el autor a los factores, no sólo psicológicos, sino también culturales, sociales y ambientales que intervienen en la constitución subjetiva e intersubjetiva de los individuos y, por tanto, de sus formas de relacionarse en los diversos contextos.

En el proceso de constitución de las primeras interacciones, emergen las figuras significativas para las niñas y los niños. Es decir, a partir de la red social próxima se empieza a construir y a diferenciar los vínculos más cercanos, con base en los cuales se constituyen los modelos relacionales. La adquisición de confianza, soportada en los primeros cimientos de la vida (de niñas y niños) debe darse desde el equilibrio justo entre demandas y respuestas aportadas por su madre, su padre o sus cuidadores, y el medio que les rodea. La confianza genera sentimientos

⁴ La confianza básica, según Erikson (1990), se establece en el primer año del infante, durante el transcurso de esta etapa, el niño requiere la atención y la protección necesaria por parte de sus cuidadores principales, en este caso, la madre o, en remplazo de ella, una figura sustituta como lo denomina Winnicott. El infante necesita de otras y de otros, que soporten sus necesidades y acudan a él cuando lo requiera. Al respecto Marie menciona que *“el infante depende totalmente de la atención y el control externos”* (Maier, 1971: 41).

de pertenencia, amor, respeto y reconocimiento del sí y el entorno que le circunda. Cuando ella no logra construirse, se genera sentimientos de inseguridad y temor, respuestas agresivas o permisivas, ansiedad y sensación permanente de búsqueda no satisfecha de amor y de protección.

Maier (1971), quien analiza la teoría evolutiva de Erikson afirma que *“las experiencias físicas y psicológicas insatisfactorias determinan un sentido de la desconfianza, y conducen a una percepción temerosa de las situaciones futuras”* (Maier, 1971: 35). Lo anterior describe lo que es común para las jóvenes y los jóvenes desvinculados, en cuyas historias familiares la proximidad afectiva se ha visto fragmentada y viciada por patrones de violencia intrafamiliar y del contexto, que les han vuelto temerosos y desconfiados frente a las expectativas de vida y de interacción con el mundo y con los demás.

Las jóvenes y los jóvenes desvinculados del conflicto armado, traen consigo una historia de vida marcada por múltiples experiencias que han contribuido a que la desconfianza sea un factor determinante en la manera como configuran sus interacciones. Estas experiencias se han caracterizado, generalmente, por el abandono, la desprotección; la falta de oportunidades de acompañamiento y de orientación por parte del Estado, la familia y la sociedad, que son comunes a innumerables poblaciones alrededor de la geografía colombiana, pero que también se distinguen, por estar enmarcadas dentro de un contexto donde la presencia de los grupos al margen de la ley, las confrontaciones armadas y la violencia, son permanentes y legítimamente reconocidas como elementos cotidianos en el devenir de una región.

La vida familiar de las jóvenes y de los jóvenes desvinculados, ha estado caracterizada por las fracturas, las pérdidas y las debilidades en sus dinámicas internas, asociadas a las condiciones que el contexto les ofrece. Sus familias han enfrentado precarias condiciones económicas, dificultades en su seguridad, violencias, desplazamientos forzados, vulneraciones y violaciones constantes a sus derechos, entre otras situaciones que han contribuido a desestabilizar y desconfigurar la dinámica familiar. Así, es repetitivo evidenciar en estas familias que, la ausencia de los padres o por lo menos de uno de estos, puede interferir parcialmente en los procesos de crianza de las jóvenes y los jóvenes, al no tener las “figuras” que sustentan y soportan, la estructuración y el desarrollo de la confianza básica necesaria para la construcción personal y social. Pero, la presencia física de figuras que sustenten este proceso, tampoco garantiza el éxito de un adecuado desarrollo de la niña o el niño, ya que, también en esta dinámica se entretajan otros factores como los soportes afectivos y de protección que determinan en cualquier ser humano la construcción de seguridades

De acuerdo a las historias de las jóvenes y a los jóvenes desvinculados de la modalidad hogar tutor de Manizales es frecuente evidenciar la falta de soporte emocional de estos, muchos manifiestan haber sido rechazados por alguno de sus padres o, lo que puede significar lo

mismo, no haber recibido la atención requerida en el momento oportuno, como recursos que contribuyen a la construcción de subjetividad. En otros casos, no se trató sólo del rechazo o del déficit de atención, sino también, de diferentes formas de maltrato que dejan huellas en sus recuerdos.

Pero, hablar de la ausencia de soportes de seguridad y confianza en el mundo, no sólo implica mirar la responsabilidad de la familia, principalmente de los padres, que, con frecuencia, son víctimas de las precarias condiciones de vida en contextos de conflicto armado, sino, además, de la sociedad y del Estado. Estos, (sociedad y Estado) con el desconocimiento, el silencio, el olvido, la falta de garantías y oportunidades, contribuyen a ahondar las limitaciones para construir confianza en los jóvenes, quienes conjuntamente con sus familias se ven enfrentados a la exclusión social.

En contextos de conflicto armado, son mínimas las posibilidades de prevención y de atención a las situaciones que enfrentan las familias, por ello, no hay condiciones para fortalecer a éstas en el cumplimiento de sus responsabilidades con la crianza y el desarrollo integral de sus miembros. De esta manera se esperaría que frente a la falta de recursos en la familia, el Estado y sus instituciones asistieran, suplieran o aportaran los elementos requeridos por las y los jóvenes para facilitar su desarrollo e inclusión social.

Los elementos enunciados, evidencian las condiciones en las cuales se desarrollan los procesos de crianza de niñas y niños en contextos de conflicto armado. Así, ellas y ellos crecen con sentimientos de inconformismo e incertidumbre que no cesarán, sino, con la superación del temor y la desconfianza. La inserción en redes relacionales diversas y su vinculación a los grupos armados, suele estar asociada con la búsqueda de soportes sociales y emocionales eficaces, que den respuesta a su necesidad de confianza y protección. Es así, como en esta búsqueda, las jóvenes y los jóvenes, configuran un imaginario que hace del grupo armado, un espacio prometedor para llenar el vacío que los acompaña desde sus primeros años de vida.

La vinculación a los grupos armados: *confianza vs desconfianza*

Para niñas, niños y jóvenes, entrar a grupos armados representa la posibilidad de encontrar seguridad, protección, reconocimiento, poder e identidad. La vía armada se les presenta como una alternativa de vida que les brinda espacios en los que creen posible, subsanar los vacíos que en otros lugares no lograron satisfacer. Muchas jóvenes y muchos jóvenes, aseguran haber encontrado en el colectivo afecto y sentimiento de utilidad, además, en muchos casos, la oportunidad de “tener una familia”, que les sostuvo y les brindó seguridades que otros contextos no les ofrecieron.

“Para mí el grupo es mi familia, ellos me salvaron de morir cuando mi mamá me abandonó, me tiró al río a la edad de 5 años, ellos me han cuidado siempre y por eso quiero estar con ellos”⁵.

En el grupo armado se forman lazos de camaradería, y se estrechan solidaridades; en las relaciones grupales las jóvenes y los jóvenes encontraron implícita la idea de apoyo mutuo, protección y cuidado *“todos unidos en una colectividad significada como una Gran Familia, con una causa común (...)”* (Castro, 1998: 2). De esta forma, y con la promesa de protección que brinda el grupo, se va configurando también la confianza al interior de este, la esperanza de sentir que quienes están a su alrededor cuidan de ella o él y, a la vez, con la responsabilidad de cuidar de quienes le rodean. Es decir, del grupo se recibe y, al grupo se le aporta, ello les implica no sólo sentirse protegidos, sino también, sentirse útiles y capaces frente a los demás.

Los relatos de jóvenes desvinculados tienen matices diferentes, en ocasiones estos reconocen al grupo como una experiencia de aprendizaje que aporta en su devenir como sujeto, donde lograron establecer relaciones de proximidad y ascendieron en la jerarquía que impone el grupo. Pero, también reconocen a este, como una experiencia en la que se enfrentaron a condiciones de vulneración, de sometimiento y de violencia, indicando que sus expectativas frente a lo que esperaban encontrar allí, no se cumplieron.

En este sentido, se puede observar como en el grupo armado, se vive una paradoja, por una parte se siente confianza grupal, que equivale a sentirse parte de un colectivo que soporta y brinda protección a niñas, niños y jóvenes, pero, por otra parte, se aprende a desconfiar de todo y de todos, como principio fundamental de sobrevivencia en la guerra. Sandra Ruiz señala que *“vivir con desconfianza al interior de los grupos armados permite sobrevivir, pues del cuidado que se tenga en las conversaciones con el otro, depende salvar la vida”*. (Ruíz, 2002: 34).

En la dinámica propia del grupo armado y en su interés por sostenerse y consolidarse, la desconfianza es un aprendizaje fundamental que se convierte en una premisa que las jóvenes y los jóvenes fácilmente incorporan a su cotidianidad, así, se prohíbe tener relaciones afectivas, continuar el contacto con sus familias, evitar solidaridades que puedan convertirse en acciones que atenten contra las directrices y contra la seguridad del grupo.

De esta manera, se puede decir entonces, que en el grupo armado se construye más que confianza, seguridades a partir de los dispositivos de poder con los que se proveen a las, y los jóvenes, tales como: el arma y el uniforme que portan.

⁵ Testimonio de una joven de 13 años de edad, ubicada en la modalidad Hogar tutor Manizales. 2008.

*“Es que para que usted entienda, uno está en alerta total, donde la confianza mayor equivale a la que se tiene con la mamá, pero la mamá ahora es el rifle”*⁶. De esta forma, pareciese que el arma se convierte en proveedora de protección y compañía y, por tanto, merecedora de afecto y respaldo.

Construir seguridades en el grupo armado, más allá de las que otorga el hecho de portar un uniforme y un fusil, es una utopía, ya que allí, sólo se vive el día a día, se limitan las proyecciones, no se piensa en un mañana, mucho menos se cree en el otro, pues de ser así, se correría el riesgo de perder el control, es así, como las jóvenes y los jóvenes continúan afianzando particulares formas de relacionarse desde la desconfianza, como principio fundamental para garantizar la sobrevivencia, condición que debe ser tenida en cuenta en los procesos de atención a quienes se han desvinculado del conflicto armado.

Si bien, las jóvenes y los jóvenes, encontraron en el grupo armado aprendizajes significativos de sobrevivencia, no hallaron respuestas suficientes a sus búsquedas de protección, cuidado y reconocimiento siendo ello determinante, aunque no siempre consciente, en la decisión de desvincularse, ello principalmente en los casos en los que la desvinculación es voluntaria. En este sentido, los programas de atención ofrecidos por el gobierno aparecen como un nuevo escenario en donde niñas, niños y jóvenes ponen en juego la posibilidad de relacionarse con otros y a partir de estas construir confianza.

Los programas de atención: *la confianza, un reto por construir*

Cuando las jóvenes y los jóvenes inician su proceso de desvinculación, traen consigo expectativas respecto a lo que puede ser su proceso en la vida civil y a las oportunidades que el Estado y la sociedad les ofrecen, estas se mueven entre el temor y el anhelo de descubrir mejores condiciones de vida. Sin embargo, encuentran que las directrices desde las cuales se han diseñado los procesos de reinserción, no corresponden a sus imaginarios. Ellas y ellos, hacen referencia a que sus expectativas, a partir de la desvinculación, están asociadas a la posibilidad de estar cerca a sus familias de origen, a la entrega de “cuantiosas” sumas de dinero, a gozar de una plena libertad e independencia económica; consideraciones, que generalmente no son posibles teniendo en cuenta las condiciones que ofrecen sus contextos primarios; las estructuras, las dinámicas, los objetivos y las posibilidades reales de los programas de atención.

Pensar en los cambios que implica pasar de lo rural a lo urbano, de las obligaciones laborales a las responsabilidades educativas, de ser ignorados y abandonados a ser reconocidos y valorados por la participación en un grupo armado, es comprender que se transita de un mundo conocido

⁶ Testimonio de joven desvinculado. Tomado de Sandra Ruiz Ceballos. *Impactos psicosociales de la participación de niñas, niños y jóvenes en el conflicto armado*.

a un mundo desconocido y amenazante, en el que las inseguridades son aun más fuertes que las propias de la vida armada. En el contexto de los programas de protección, aunque niñas, niños y jóvenes, tienen recursos y aprendizajes propios de sus experiencias de vida, estos resultan insuficientes e inapropiados para hacer parte de los nuevos escenarios en los que se espera que ellas y ellos se inserten proactivamente.

Los programas de atención para niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado, tienen por objetivo favorecer los procesos de inserción social y productiva, partiendo de la idea que, estas y estos deben desarrollar competencias sociales, educativas y laborales, que les permitan establecer una vida autónoma e independiente. Sin embargo, pensar en una vida autónoma, implicaría reconocer que las jóvenes y los jóvenes, poseen la confianza necesaria en sí mismas, en sí mismos y en el medio, como garantía para enfrentarse a condiciones que les permitan tomar decisiones pertinentes y articuladas con sus proyectos de vida, aquellos que se supone han consolidado a partir del proceso de atención.

Las jóvenes y los jóvenes son sometidos a un fuerte cambio a partir de su desvinculación⁷, estas y estos, llegan a un programa que propende por afianzar su autonomía e independencia a partir de unas condiciones que son dadas por el mismo programa, se busca garantizar el desarrollo de competencias laborales y productivas propias de la vida urbana, desconociendo los aprendizajes, las experiencias y los recorridos realizados por ellas y ellos; se busca que confíen en la institucionalidad cuando esta no los soportó en sus contextos primarios de desarrollo, se pretende que generen y construyan vínculos afectivos con las familias que los acogen⁸ cuando su paso por el programa y su ubicación en la familia es temporal, se busca que confíen en el medio y en las opciones que hoy se les brindan, cuando estas también son inciertas y obedecen al cumplimiento de unos estándares establecidos y controlados institucionalmente. Es decir, se les pide, simultáneamente que se sujeten al ordenamiento establecido por el programa y que se hagan sujetos autónomos, responsables de sí y comprometidos con la construcción de convivencia social.

En este sentido, la construcción de confianza como posibilidad de asumir formas diferentes de relacionarse e interactuar con el mundo que los rodea, debe ser un elemento clave a tener en cuenta en los procesos de atención de las jóvenes y de los jóvenes desvinculados del conflicto armado. Se trata de reconocer, no sólo cómo se ha estructurado o desestructurado a lo largo de sus vidas, sino, además, cómo es posible construirla o fortalecerla a través del proceso de atención y, cómo, además, soporta el desarrollo de la autonomía y la inserción social y productiva.

A partir de la experiencia desarrollada en la modalidad de atención a niñas, niños y jóvenes, “Hogar tutor”, en la ciudad de Manizales se puede observar que un alto porcentaje de las

⁷ Independientemente de la forma como se haya realizado este proceso (voluntario o capturado).

⁸ Esto para la modalidad Hogar tutor. Medio socio-familiar. ICBF.

jóvenes y de los jóvenes, establecen sus relaciones a partir de la desconfianza y el temor que les genera aquello que es incierto, diferente y, que les es desconocido. Sólo, a partir de la seguridad que se construye en la interacción, en el cumplimiento de la palabra, y en la proximidad física y afectiva, se puede considerar que ellas y ellos empiezan a encaminarse, tímidamente y con salvaguardas, hacia formas diversas de concebir y de relacionarse con el mundo y la vida. Este tipo de construcciones de la interacción social, contrarias a la imposición de ordenamientos institucionales rígidos y autoritarios, favorecen el desarrollo de su autonomía. De esta manera, y haciendo referencia a lo expuesto por Franz Petermann (citado en Hevia 2003) la confianza sólo puede construirse en situaciones en las que no existe el miedo y con fundamento en la competencia comunicativa de los actores de una relación (p. 23).

En este sentido, construir confianza implica reconocer en las jóvenes y en los jóvenes sus recursos, sus competencias y sus aprendizajes; significa considerarlos como sujetos responsables, como interlocutores válidos en la construcción de sus proyectos de vida y en la toma de decisiones respecto a los mismos. Este proceso considera además, la necesidad que las jóvenes y los jóvenes logren, a partir de la interacción, descifrar señales (gestos, anuncios verbales, posturas) que prueben la sinceridad del otro, y a partir de ello, concluir que realmente existe la posibilidad de creer y de construir seguridades en y con aquellos que pueden convertirse en sus principales referentes significativos. De esta manera, las interacciones propias de los procesos de atención tienen implicaciones éticas fundamentales, que comprometen a las familias tutoras, a los equipos psicosociales, a asesores y a interventores de manera co-responsable para que haya coherencia entre los propósitos, la filosofía, el quehacer y las relaciones, con el fin de construir condiciones en las que sea posible que germine la confianza entre sujetos diversos.

En efecto, apostar a la construcción de confianza en las jóvenes y en los jóvenes desvinculados del conflicto armado, como fundamento de intervención propuesto a los programas de atención, implica trabajar conjuntamente con los diferentes actores que participan en este proceso de atención (instituciones, interventores, equipos psicosociales y familias tutoras), además de, preparar permanentemente al equipo psicosocial y a las familias tutoras⁹, no sólo frente a las características particulares de estas y estos, aquellas establecidas a partir de su participación en un grupo armado, sino además, frente a la forma en que las mismas se deben considerar en el momento de establecer la interacción, el apoyo, el acompañamiento y la orientación, lo cual debe estar mediado por el reconocimiento de sus historias -mas allá de la tragedia- y de las posibilidades de proyección.

⁹ Se hace referencia a ello, teniendo en cuenta que el proceso de atención se desarrolla en una modalidad de atención socio-familiar, esto no implica desconocer los otros actores y escenarios de socialización propuestos por el programa Hogar tutor de la ciudad de Manizales. Pero, teniendo en cuenta la pretensión del presente artículo, se privilegian, como escenarios de análisis, al equipo psicosocial que atiende directamente a la población y las familias tutoras en las que se ubican las jóvenes y los jóvenes, en cuyas cotidianidades se insertan.

“Pensar en este proceso implica partir de la noción de que la confianza entendida como relación social tienen dos polos: el del sujeto que confía y el del depositario de la confianza” (Hevia Felipe, 2003: 22).

Frente al equipo psicosocial

El equipo psicosocial o técnico que soporta los programas de atención, tiene la responsabilidad no sólo de orientar los procesos generales de atención, sino, además de ello, la responsabilidad de reconocer que su actuación profesional incidirá directamente en la construcción de confianza en las jóvenes y los jóvenes, en la medida en que para estos el equipo psicosocial se convierte en uno de sus principales referentes de apoyo, protección, afecto y orientación. De ahí, la importancia de considerar la necesidad de construir, repensar y/o fortalecer nuevas formas de intervención, en donde el encuentro, la cercanía, el intercambio y la reflexión sean estrategias transversales que garanticen, más allá del cumplimiento de unos estándares institucionales, el fortalecimiento de la autonomía y el desarrollo integral de ellas y ellos.

Para ello, es importante que el equipo psicosocial tenga la sensibilidad adecuada para poder percibir y comprender los miedos, las necesidades, las historias, los temores, los deseos y las demandas de las jóvenes y de los jóvenes, expresiones que generalmente implican leer aquello que no es explícito, que no se expresa abiertamente.

Los procesos de atención deben, además, buscar estrategias que contribuyan a fortalecer la confianza en ellos mismos -en las y jóvenes y los jóvenes- como elemento que aporta a la capacidad de construir confianza en los otros y en el medio, de ahí, la necesidad que en estos procesos puedan y tengan la posibilidad de desarrollar tareas, actividades y propuestas que favorezcan el reconocimiento de su capacidad de creación, de sus aprendizajes y de sus posibilidades. En este sentido, las jóvenes y los jóvenes, requieren de soportes emocionales que les garantice la posibilidad de contar con alguien que crea en sus recursos, que valore sus aprendizajes y que propenda por su desarrollo sin desconocer, ni negar sus historias particulares.

De esta manera, se hace necesario además pensar en un modelo de atención claro y particularmente definido, que se soporte en los enfoques de atención, previamente definidos, lo cual implica trascender el activismo e instrumentalización de los procesos, en los que fácilmente caen las instituciones que operan este tipo de programas, los cuales son orientados y evaluados a partir del cumplimiento de unos estándares que pocas veces responden a los intereses, las particularidades y las necesidades reales de las y los jóvenes.

Es pertinente reconocer que un proceso que se desarrolla, bajo la lógica del cumplimiento (sin desconocer que ello es importante y además necesario), más que la apuesta por la construcción de sentidos en cada una de las actuaciones desarrolladas por el equipo psicosocial; no contribuye a generar procesos reales de construcción de seguridades y mucho menos de confianza, debido a que ello se lee fácilmente como la respuesta de una entidad a unas funciones asignadas y no como la responsabilidad asumida con una población con la que nos hemos comprometido a aportar en el desarrollo de su autonomía, y con ello, a la inserción social y productiva.

Generalmente la instrumentalización, el activismo y la funcionalidad, que caracterizan a estos programas de atención resta oportunidades al equipo psicosocial de interactuar con las y los jóvenes, en procura de poder conocer y fortalecer a través de sus relatos, de sus expresiones, de sus manifestaciones no siempre verbales; sus sentimientos, sus saberes, sus historias y sus proyecciones, lo que también implica no siempre ser asertivo en las decisiones que se toman respecto a sus procesos o inclusive de poder trabajar con estas y estos, en la posibilidad que se asuman como interlocutores válidos y protagonistas en la construcción de sus proyectos de vida, como condiciones para configurar confianza en sí mismos, y en los otros que conocen y creen en ellas y ellos.

La familia tutora

La familia tutora se convierte en un escenario que busca que las jóvenes y los jóvenes, configuren una serie de relaciones que les permita re-significar sus experiencias de vida familiar. Se espera que, en la medida en que ellas y ellos se involucren activamente en la dinámica del Hogar tutor, logren sentirse acogidos de manera afectiva, por cada uno de los miembros de las familias y en consecuencia se abran a la posibilidad de construir vínculos que les permitan sentirse soportados, valorados y protegidos.

Este escenario y la dinámica particular que allí se presenta, busca contribuir a que las jóvenes y los jóvenes logren arraigarse a “algo” o “alguien” que los soporte afectivamente, situación que les permitiría estructurar confianza a partir de las relaciones significativas que allí se empiecen a tejer. Sin embargo, ello encuentra dificultades en tanto las familias que se vinculan al programa generalmente lo hacen partiendo de un interés o motivación económica (aunque ello no siempre es explícito por las familias) dada por la entrega mensual de una cuota de sostenimiento¹⁰ que no sólo garantiza la disposición de recursos necesarios para las y los jóvenes acogidos, sino que, de alguna manera también contribuye a aliviar algunos gastos de la canasta

¹⁰ La cuota de sostenimiento como su nombre lo indica obedece a una dinero que se entrega mensualmente a la familia tutora con el fin que esta garantice el sostenimiento y cubrimiento de las necesidades requeridas por la joven o el joven acogido en el hogar que contribuya a garantizar la restitución de sus derechos (salud, educación, alimentación, recreación, entre otros).

familiar. Lo anterior no niega, ni desconoce el interés que tienen las familias por aportar al desarrollo integral de la joven o el joven acogido en sus hogares, sin embargo, pensar en una relación que se encuentra medida y condicionada por el pago de una cuota de sostenimiento implica reconocer las situaciones posibles que desde allí se pueden generar.

En este sentido, es claro que aunque el programa busca familias que estén dispuestas a acoger de manera afectiva, solidaria y voluntaria a una o un joven en su hogar, y que estas se presentan reconociendo estos criterios, en el momento en que no existiera dicho dinero no se garantizaría la permanencia en el hogar. Si bien, esta situación puede ser comprensible teniendo en cuenta las características de la economía familiar colombiana, es claro precisar que ello determina la forma como se construyen las relaciones entre las familias tutoras y, las y los jóvenes del programa. Así, los criterios, de solidaridad, afecto y voluntariedad se encuentran mediados por la disponibilidad de contar con la entrega de recursos económicos por parte del programa, situación que es percibida de igual manera por las jóvenes y los jóvenes.

En algunas ocasiones el pago inoportuno de las cuotas de sostenimiento y el manejo y distribución que se hace de la misma, genera conflictos entre la joven o el joven, y la familia, situación que no permite avanzar en la consolidación de relaciones seguras y estables, debido a que, generalmente a raíz de ello se suele considerar la no continuidad de estas y estos en el hogar.

Otro factor que incide en la consolidación de relaciones afectivas que propendan por la construcción de confianza es la condición de temporalidad de las jóvenes y los jóvenes en el programa, si bien las familias tutoras generalmente se convierten en sus referentes de apoyo una vez estas y estos salen de la modalidad, no se puede desconocer que las familias se asumen como prestadoras de un servicio, el cual culmina una vez la o el joven egrese¹¹ del programa, quedando así, en disposición de asumir nuevamente otra u otro joven en su hogar. Por otra parte, la condición de temporalidad está determinada por la posibilidad que tiene una familia de decidir voluntariamente y en el momento en que lo considere pertinente, no continuar con la acogida, situación que ubica inicialmente a los jóvenes en la posición de no “involucrarse” afectivamente con unas familias que finalmente no son las propias.

De esta manera, es recurrente evidenciar que frente a cualquier dificultad que se presente en la convivencia familiar e inclusive en otros escenarios de desarrollo, como por ejemplo la escuela, la primera opción que proponen tanto jóvenes como familia, es el cambio de Hogar tutor, al considerar que no existen razones para “soportar” situaciones conflictivas que generen incomodidad.

¹¹ Las y los jóvenes pueden egresar del programa porque se culminó su medida de restablecimiento de derechos por parte del ICBF, por que voluntariamente desea renunciar a este, por que se evade del mismo, o por cambio de modalidad cuando sus comportamientos no corresponden al perfil establecido para ser ubicado en una modalidad socio-familiar.

La posibilidad que tienen las jóvenes y los jóvenes de encontrar una familia aunque ajena, como un espacio protector que les brinde seguridad, es indispensable en el proceso de atención, debido a que, es este un escenario significativo en donde las jóvenes y los jóvenes recrean las experiencias vividas en sus familias de origen, vivencias que el programa de atención busca re-significar. Es por ello, que en el trabajo de fortalecimiento de las familias es fundamental superar la visión reducida que estas tienen frente las características particulares de las jóvenes y los jóvenes, buscando así que, estas logren conocer y comprender la complejidad de sus historias, las cuales no sólo se reducen a la participación en el grupo armado. Además de ello, este proceso de fortalecimiento familiar, no sólo debe implicar el trabajo u orientación respecto a las y los jóvenes, sino también, frente a los procesos familiares, de tal manera que las familias puedan desarrollar competencias que les permita realmente garantizar un escenario significativo -independientemente del tiempo que se ubique la joven o el joven en el hogar-, y el establecimiento de relaciones que brinden seguridad y confianza en las vidas de las jóvenes y los jóvenes desvinculados del conflicto armado.

Los roles que desempeñan el padre, la madre y los hijos de la familia tutora, inclusive la familia extensa, son fundamentales en la configuración de la confianza de las jóvenes y de los jóvenes. A partir de las relaciones que estos establezcan, se podrán reiterar los sentimientos de inseguridad y temor que han acompañado a niñas, niños y jóvenes en su trasegar por distintos contextos, o por el contrario, se podrá comenzar a estructurar formas diferentes de ver el mundo, de interactuar con este y de reconocer a otro que se convierte, para este caso, en un interlocutor válido, en un referente, en un ser significativo en las vidas de ellas y ellos. En este sentido, la familia tutora se convierte en el escenario en el cual, las jóvenes y los jóvenes tienen la posibilidad de estructurar sentidos de vida diferentes si encuentran apoyo, acogida, esperanza, reconocimiento, protección, seguridad, orientación, respeto y afecto que subyace en la relación.

De esta manera, es importante que las familias tutoras reconozcan y comprendan que las continuas fracturas en la confianza de las jóvenes y de los jóvenes van estructurando en ellas y ellos una personalidad demandante que, aparentemente, se muestra agresiva y desafiante, pero que busca realmente la atención y el cuidado del que fueron desprovistos desde temprana edad, de ahí la necesidad, de hacer unas lecturas comprensivas de lo que no es explícito en los comportamientos y actuaciones de ellas y ellos, esto sin desconocer que en la relación las familias también ponen en circulación temores, expectativas, desconfianzas, imaginarios, que determinan la dinámica de la interacción, más aún cuando se considera que gran parte de las familias que se encuentran dispuestas a acoger a las jóvenes y los jóvenes en su hogar, ingresan al programa con la pretensión en ocasiones inconsciente de re-significar sus experiencias de vida familiar. Es recurrente evidenciar en las historias de estas familias duelos no resueltos, abandonos a temprana edad, rechazo por parte de sus figuras significativas, violencia intrafamiliar, abuso sexual, entre otras.

No obstante, soportar las permanentes demandas de las jóvenes y los jóvenes acogidos y garantizar así, que estas y estos avizoren en este escenario posibilidades de seguridad y esperanza, implica poner en juego no sólo las historias y realidades de ellas y ellos, sino también, las de las familias tutoras.

A manera de conclusión

La confianza se constituye en un factor determinante que puede convertirse en una plataforma para soportar, de manera coherente, un proceso de atención que busque realmente que las jóvenes y los jóvenes tengan procesos de vida autónomos, y que además cuenten con herramientas válidas para incluirse en la vida social y productiva, como una opción diferente a la guerra.

Este proceso implica, reconocer las particularidades de las jóvenes y de los jóvenes en relación con sus historias de vida, con sus contextos de procedencia, con sus experiencias, con los sentidos y los significados que le atribuyen a las mismas, con sus recursos, con sus demandas y necesidades; reconocerlos en la diferencia; ir más allá -sin desconocerlo- de su participación en el grupo armado, conocer las etapas, procesos y características propias de su desarrollo; darle valor a lo que son, a lo que tienen, a lo que han vivido, a lo que saben; conocerlos a partir de sus relatos, de sus historias, de lo que cuentan, de la manera cómo viven, cómo piensan, cómo hablan, implica *estar en relación permanente y dialógica con ellas y ellos*.

Bibliografía

Castro, María Clemencia. (1998). "Lógicas del Lazo social en el colectivo guerrillero". En: *Revista Colombiana de psicología*, No. 7. Bogotá: Editorial de la Universidad Nacional de Colombia.

Erickson, Erik. (1990). *El ciclo vital completado*. México: Editorial **Paidós**.

Hevia de la Jara, Felipe. (2003). ¿Cómo construir confianza? Hacia una definición relacional de la confianza social". En: www.bibliojuridica.org/libros/6/2501/4.pdf.

Human Rights Watch. (2003). *Aprenderás a no llorar*. United States of America. Luján Ponce, Noemí. (1999). *La construcción de confianza*. México: Instituto de investigaciones jurídicas de la UNAM.

Maier, Henry W. (1971). *Tres teorías sobre el desarrollo del niño; Erikson, Piaget y Sears*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Bello, Martha Nubia. Ruíz Sandra. (2002). *Conflicto armado niñez y juventud. Una perspectiva psicosocial*. Bogota: Ediciones Antrophos.

Ruíz, Sandra. (2001). "Impactos psicosociales de la participación de niñas, niños y jóvenes en el conflicto armado". En: Bello, Martha y Ruíz, Ceballos. *Conflicto armado, niñez y juventud*. Bogotá: Ediciones Antrophos.